

gidores capitán D. Pedro Otero y D. Francisco Septien, cuando llegaron al lugar á donde iban, ya el jefe á quien llevaban el oficio se habia separado de allí, para reunirse con el Brigadier Calleja; debiendo ambos dirigirse á Querétaro; por lo que temiendo los comisionados, que los sorprendiera alguna partida enemiga, no se determinaron á ir en su seguimiento, y se volvieron á Guanajuato.

Efectivamente se verificó la reunion con Calleja, para lo que se dirigió Flon al pueblo de Dolores el Domingo 28 de Octubre, tomando el Brigadier el mando en Jefe del Ejército segun le correspondia, quedando Flon en calidad de segundo: y en el pueblo que acaba de nombrarse, se entregó al pillaje la casa de Hidalgo, como lo habian sido en San Miguel las de los otros caudillos. Las tropas ya reunidas tomaron el nombre de "Ejército de operaciones sobre los insurgentes," y su fuerza total se componia de seis á siete mil hombres con ocho cañones de á cuatro. Los dos militares mencionados se dirigieron á Querétaro, en donde entraron el 1º de Noviembre, y en la mañana del 6 se encontraban sus avanzadas con las de Hidalgo en las inmediaciones de Arroyozarco: y habiéndoles hecho algunos muertos y prisioneros se supo por éstos, que los insurgentes con todas sus fuerzas se hallaban en el pueblo inmediato de San Gerónimo Aculco, los que para resistir á los realistas, se situaron en una loma que domina al pueblo y á toda la campiña: y habiendo dispuesto Calleja el ataque, procedió á él en los términos que se esplican en la historia de que me ocupó, hasta sus inmediatos resultados, que se describen en el folio 498: mas como á excepcion de las adiciones relativas á lo que pasó en la Villa de San Miguel á la entrada de Flon, todo está conforme con los antecedentes y pormenores que fueron bien sabidos, me refiero á lo que acerca de ellos se asienta, concluyendo así la reseña anunciada, á la que se limita el capítulo presente.

—147—  
CAPITULO IX.

Circunstancias que le proporcionaban al autor, el que se impusiera de lo que pasó en la Capital de Guanajuato en la época que estuvo ocupada por los insurgentes, y en los posteriores.—Reseña de la expedicion emprendida por Hidalgo cuando salió de dicha Capital, y del objeto con que se dirigia Flon al pueblo de Dolores.—Disposiciones de Allende para fortificarse despues de la derrota en Aculco.—Su entrada en Guanajuato.—Acelera la fundicion de cañones, el que se sitúan baterías, y se abran barrenos en el camino para la plaza que intenta defender.—Promueve una procesion solemne, y el que se celebre una Junta, en que se acuerden las medidas mas conducentes á la defensa.—Las fuerzas realistas comenzaron el ataque, y Allende ordena, que para resistirlo, salgan inmediatamente los que tiepe á su disposicion.—Las primeras toman fácilmente las baterías, desalojando y derrotando, á los que estaban encargados de sostenerlas.—Conociéndose que ya no quedaba esperanza de resistencia, se dan al público los avisos anunciados, y los generales disponen y hacen su retirada.—Desalentado y consternado el vecindario, se aumentan sus angustias y temores, con lo que se experimenta en la tarde y noche de ese dia.

Así como en el Capítulo VI manifesté el motivo que me proporcionó observar el ataque dirigido á Granaditas, así tambien me parece conveniente el exponer ahora cuál era mi situacion y circunstancias á virtud de las cuales pude saber todo lo que pasaba en Guanajuato despues que salieron los invasores en 10 de Octubre, y en lo que ademas fué aconteciendo en las fechas sucesivas. Yo tenia entonces veinticinco años y medio, estaba sano, no era hijo de familia, y disfrutaba de la mas completa libertad; por lo que andaba por todas partes, observando cuanto pasaba, é inquiriendo muy prolijamente lo que se escapaba á mi vista. Tal fué mi conducta y ocupaciones hasta la mañana del Domingo 14 de Octubre, en cuya tarde me atacó fuertemente el tifo, del que habia entonces epidemia: y aunque mi convalescencia fué lenta, pero cuantas personas me visitaban, me imponian con la mayor minuciosidad de lo que habia seguido ocurriendo en esos dias: y así es, que ya por esos informes contestes, y ya por lo que volví á presenciar desde que me restablecí entera-

mente, y comencé á salir, puedo dar una noticia muy individual y exacta de lo que pasó en la Capital en la época en que estuvo ocupada por los insurgentes, y en todas las posteriores.

Los sucesos, que en ella hubo indudablemente se originaron de la expedicion emprendida por el rumbo de Valladolid, y que continuó hasta el monte de las Cruces, en donde la mortandad fué tan exesiva y horrorosa, que se calcula haber quedado en el campo, mas de cuatro mil cadáveres de uno y otro bando, siendo sin comparacion mayor el número de los que pertenecian á los invasores, los que en vista de las considerables pérdidas y quebrantos que hadian tenido, quedaron tan acobardados, que no es de extrañarse, el que en seguida fuesen derrotados y dispersos en Aculeo, sin que casi hubiera habido accion, de suerte, que cuanto después aconteció en Guanajuato, fué una consecuencia necesaria de esas derrotas y dispersiones: luego lo mas natural y regular era, el que primero se hablase de los antecedentes, que de sus resultados; y aunque Alaman explica aquellas extensamente, pero los que no hayan visto, ni tal vez lleguen á ver esa explicacion, se encontrarán con dudas y dificultades que no les sea fácil allanar; por lo que en obvio de ellas se suspendió la relacion de los efectos, mientras se daba una ligera idea de sus causas, como se ha verificado, en cuyo concepto se pasa á decir, lo que fué ocurriendo en la Capital, después de la derrota y dispersion de Aculeo.

A los muy pocos dias se empezaron á saber ya por cartas, y ya por la llegada de algunos dispersos, y en seguida se confirmó con un oficio, que en 12 de Noviembre recibió el Intendente Gomez, y que desde Celaya le dirigió D. Ignacio Allende, (el que en Acámbaro habia sido promovido á Capitan General), en cuyo documento le avisaba la derrota que se acababa de padecer, y le ordenaba, que se previniese alojamiento para tres mil hombres que

caminaban á Guanajuato, con el objeto de proveerse de nueva artillería y demas pertrechos de guerra, como lo estaba haciendo Hidalgo en Valladolid, á donde se habia retirado. En 13 del mismo mes entró Allende á la capital, á que se dirigía con dos mil hombres de caballería los mas sin armas, los cuales estaban en Celaya con D. Toribio Huidobro, con unos treinta dragones del Regimiento de la Reina, y con alguna otra parte de la tropa, que en su retirada lo siguió; y ademas con ocho cañones de á cuatro. Lo acompañaban los Tenientes generales D. Juan Aldama, D. Mariano Jimenez, y los Mariscales de campo D. Joaquin Arias, D. Mariano Abasolo, D. Juan Ocon, y el Lic. D. Ignacio Aldama, Ministro de Gracia y Justicia, con otros muchos jefes y oficiales; y aunque se les estuvo esperando desde la tarde de ese dia, no llegaron á entrar hasta después de las oraciones de la noche, y con arreglo á lo que tenia dispuesto el Intendente, se solemnizó la entrada con un repique general y salvas de artillería, que se hicieron con cuatro cañones colocados en la Plaza Mayor.

En el dia siguiente dispuso Allende, que se hicieran provisiones de víveres para el caso de un sitio, y el que saliesen extraordinarios con pliegos para varios jefes, previniéndoles, el que á la mayor brevedad vinieran á reunirsele, cuya medida la habia tomado ya con respecto al mismo Hidalgo, al que desde mucho antes le tenia dirigidas dos comunicaciones con el propio objeto: como la tropa, con que contaba era poca, y las armas apenas llegaban á once fusiles, sin poder aumentarlos, segun lo escribió á D. Felipe Gonzalez, no le quedaba otro recurso, que el de la artillería por lo que procuró, que se acelerase la fundicion de cañones, que Hidalgo le dejó encargada á D. Rafael Dávalos, el que teniendo ya en esa fecha concluidos y listos veinte y dos, se colocaron en diversas baterías situadas en los puntos de la entrada de la cañada

de Marfil, por donde se suponía, que necesariamente había de pasar el ejército de los realistas: y al mismo tiempo se dispuso, que en el paraje, en que el paso era mas estrecho, se abrieran mil y quinientos barrenos comunicados por una misma mecha, para que simultáneamente se disparasen al pasar la tropa por allí, dirigiéndose todas estas operaciones por el administrador de la mina de Valenciana D. Casimiro Chovell, asociado con el referido Dávalos, y otro Colegial de minería llamado D. Ramon Fabie, pensionista del consulado de Manila, y que era el Teniente coronel del Regimiento levantado en ese mineral por el primero de los tres individuos, que se acababan de nombrar.

En el juéves 15 se recibió la noticia de haberse tomado á Guadalajara en el dia 11 por el amo Torres, y la de que tambien lo estaba ya San Luis Potosí. Dos legos de San Juan de Dios promovieron la insurreccion en esa capital, pero Iriarte se les sobrepuso despues de haber revolucionado en Zacatecas. Al principio del 2º tomo de que trato, se encuentra la relacion circunstanciada del modo, con que se fueron ocupando esas capitales, á la que en todo me refiero, limitándome aquí á dar una razon brevísima, en cuanto sea necesaria para que se conozca, lo que con tal motivo se solemnizó con repique general y salvas de artillería en Guanajuato.

Habiéndose negado Hidalgo al llamado de Allende, este le escribió, haciéndole cargos por su negativa, los que fueron mas fuertes y vehementes en la carta posterior, copiándose literalmente el contenido en el citado tomo 2º desde el folio 35 hasta el 40. No habiéndose recibido tampoco contestacion de los otros jefes, á quienes se habia llamado, comisionó á D. José María de Liceaga, para que fuera á estrechar á Iriarte al cumplimiento de las órdenes, que se le habian dirigido; y para que en el evento de que no se prestase á obedecer de luego á luego, se

hiciera de la fuerza que tenia, y volviera prontamente con ella. El referido Iriarte habia vivido con su familia en el mineral de Marfil, en donde era conocido por D. Rafael Leiton: y habiéndose pasado á San Luis Potosí, estuvo destinado de escribiente en la secretaría de la comandancia de Brigada, en la que se le llamaba el cabo Leiton; pero á poco tomó el apelativo de Iriarte, con el que se le siguió conociendo posteriormente: y como se apoderó de aquella capital, cuando se le prevenia, que viniese en auxilio de la de Guanajuato, no se acierta cual fué realmente la causa de su conducta en el caso mencionado. Sea que estimase preferente la ocupacion de la plaza de San Luis, ó que le faltara voluntad para prestarse á la defensa de aquí, el resultado fué, que no llegó á venir. El comisionado no tenía arbitrio para estrecharlo, ni para hacerse del mando de la tropa que Iriarte tenía á sus órdenes, todo lo cual imposibilitaba el logro del objeto que se tuvo para conferirle la comision; por lo que ya no se presentó oportunidad de volver, á donde se le esperaba con la expectativa de las fuerzas, que se creian necesarias para la defensa de la fortificacion, y cuya falta influyó en desaliento, de los que deseaban el buen éxito de la misma.

En el Domingo 18 se celebraba la festividad de la octava del Patrocinio de la Virgen, cuya Imágen bajo la advocacion de Nuestra Señora de Guanajuato es la Patrona de la Ciudad; por lo que promovió Allende, que en la tarde saliera en una procesion solemne, en la que tambien se llevara al Divinísimo como en el Corpus. Aldama, Jimenez, Arias y Abasolo iban cargando las andas, en que se colocó la Imágen, y la cauda de su manto, la llevaba el mismo Allende. El Regimiento de infantería, que se habia levantado poco antes, armado con lanzas, y vestidos de manta, marchaba, cerrando la procesion: y cuando esta volvió á la Iglesia, predicó el padre Fray José María

Belaunzarán religioso dieguino, sin tocar los acontecimientos, que habian tenido, ó pudiesen tener relacion alguna con la política.

En el dia 20 dispuso Allende, que se citara al clero secular y regular, y á los vecinos principales, para que reunidos en una junta, que presidió Don Ignacio Aldama, se acordase cuantas medidas fueran conducentes para la defensa de la ciudad, siendo una de ellas, el que los eclesiásticos predicaran, exortando al pueblo á tomar las armas con tal objeto, y en conformidad de esa disposicion predicaron en la plaza, en las calles y balcones, Fr. Bernardo Conde Religioso Franciscano, y los clérigos Don Juan Nepomuceno Pacheco, y Pablo García Villa.

Habiéndose sabido, que Calleja estaba en Celaya, y que se dirigía para Guanajuato, se activaron y se fueron ejecutando con mayor empeño las medidas de defensa, que se tenian proyectadas; y como Allende desde el principio salia diariamente á reconocer las alturas para ver, cuáles eran las mas á propósito para las baterías, se situaron estas en dos lomas á la izquierda del camino en el paraje nombrado Rancho Seco, fortificando ademas diez puntos á uno y á otro lado de la entrada de la Cañada de Marfil, y en estos y en aquellos se acabaron de colocar los cañones, que Dávalos tenía concluidos, y la direccion de la apertura de los barrenos conforme á la idea, que se manifestó hace poco.

En todas esas operaciones se ocuparon los tres comisionados hasta el viérnes 23, en el que teniéndose certeza de la proximidad del ataque, se consideró necesario que se fijasen avisos, haciéndose saber al público, que cuando aquel estuviese mas empeñado, y el vecindario en mayor peligro, se le anunciara por medio del toque de la generala, y de una seña que se haria con la campana mayor de la Parroquia, para que todos ocurrieran á la defensa: ordenándose igualmente, que en tal caso se repartiéran

hombres armados que entraran á las casas para que por la fuerza obligaran á salir á los que se resistieran.

A las ocho de la mañana del Sábado 24, recibió Allende la noticia, de que Calleja se avistaba con direccion á la primera batería situada en Rancho Seco: por lo que inmediatamente ordenó, que marcharan todas las fuerzas que estaban al mando del Teniente General Jimenez, que era el que debia dirigir la accion: y poco despues de las once se avisó, que las tropas que atacaban, habian tomado ya algunos cañones, y que habia muerto la mayor parte de la gente que los defendía, la que no teniendo disciplina ni armas, era fácilmente arrollada y desalojada: cuyos sucesos causaron tal alarma y agitacion, que en el momento se mandó tocar generala, y el que se hiciese con la campana mayor la seña que se tenia anunciada; mas con esta operacion no se logró en manera alguna el objeto con que se dictó, porque casi todas las familias decentes, se fueron á refugiarse en los templos y conventos, y las que no tuvieron oportunidad de hacerlo, se encerraron en sus casas: parte de la plebe se subió á los cerros, y toda la restante se quedó dentro de la poblacion.

A proporcion que seguian avanzando las tropas realistas, se conocia el que muy en breve comenzarian á ocupar las baterías restantes, que eran las mas próximas á la Capital, recibiendo continuas noticias de las grandes ventajas que obtenia el ejército realista; por lo que ya no quedó duda de que se habia perdido la batalla. En consecuencia, Allende con su comitiva de Generales y algunos hombres de á caballo, que iban escoltando las mulas de carga en que iba el dinero que le quedaba, procedió á su retirada como á las dos de la tarde del Sábado 24 de Noviembre, en los términos que se refiere en el folio 49, la que fué bastante notorio, resultando del todo falso, el que se hubiera mantenido en la Ciudad hasta el dia siguiente, como se dice en el Cuadro Histórico.

Tampoco están acordes las noticias sobre el número de los que perecieron en los asaltos, y ocupacion de las baterías. Aunque á primera vista parece increíble, que la pérdida de las tropas realistas se redujera á un dragon muerto y á pocos heridos y contusos de piedra, no es en manera alguna inverosímil, si se atiende á que los cañones debian reputarse como no puestos en aquel lugar, ya por su mala construccion, ya por la dificultad de variar su puntería, ya por la ineptitud de los que los manejaban y ya por la falta de armas para sostenerlos y conservarlos. En cuanto á los insurgentes no podrá menos de conocerse que se ha exagerado por el Ayuntamiento el número de muertos al asentar que fueron ocho mil, y que es mayor la exageracion que contiene el parte de Calleja, en que expone que llegaban á setenta mil los combatientes. Siendo demasiado notorio, que apenas serían cuatro mil hombres los que entonces tenia Allende á su disposicion; y suponiendo gratuitamente, que llegaran á mil los de la plebe que se les reunió, es bien claro que así estos como los realistas, vendrian á componer poco mas de diez mil todos los que se ocupaban en el combate, y que por lo mismo eran la décima parte de los que se numeran en el referido parte. En consecuencia, se hace verosímil la relacion del Cura de Marfil encargado de que se diese sepultura á los cadáveres, de los cuales solo se recojieron doscientos cuarenta y seis; por manera que aun en la hipótesis, de que en la fuga hubieran caido ciento en las barrancas, ó en veredas escondidas, apenas llegarían á cuatrocientos los muertos en ese dia.

Si en la materia de que se acaba de hablar se encuentran variedades, no sucede lo mismo acerca de otros hechos horrorosos que fueron bastante sabidos, y cuyo principio fué, el que un platero llamado Lino, originario del pueblo de Dolores, sabiendo que se habia perdido la accion, salió como á las tres de la tarde del mismo Sábado

24 á buscar y juntar toda la plebe que encontraba diciéndole, que en el dia siguiente entraría Calleja, mandando pasar á cuchillo á todos los habitantes del lugar, para lo cual lo exitarian con el mayor empeño, y cooperarían los gachupines que habian quedado presos como tan resentidos y deseosos de vengarse; por lo que era de necesidad matarlos, con lo que se lograría la ventaja de que hubiera esos enemigos menos: y en seguida se dirigió á la Alhóndiga de Granaditas con la porcion de pueblo que habia reunido, pero se encontró con la guardia que custodiaba á los presos, y que la formaba una compañía del Regimiento de Infantería que se habia levantado recientemente, y cuya compañía estaba en esa fecha al mando del Capitan D. Mariano Covarrubias; mas enfurecida y resuelta la reunion del pueblo que se habia acercado al edificio referido, se precipitó á la puerta echándose sobre la guardia: y aunque D. Mariano Liceaga (hermano del que pocos dias antes habia salido en comision) procuró auxiliar la defensa, hiriendo con la espada á varios de los amotinados, pero pasándose á estos una parte de la misma guardia, en vez de lograrse ventaja alguna, estuvo en peligro la vida del que habia procurado auxiliarla, porque lo derribaron en el suelo de una pedrada. A poco tiempo llegaron D. Pedro Otero, el Sargento Francisco Tovar, y el Cura D. Juan de Dios Gutierrez con algunos Eclesiásticos; pero no habiendo quedado fuerza bastante para hacer resistencia, ya no era posible contener el desorden é impedir la entrada.

Conseguida esta por los amotinados, se arrojaron enfurecidos tumultuariamente á la matanza, degollando á la mayor parte de los que por disposicion de Hidalgo se pusieron en aquel lugar para que estuviesen custodiados y asegurados, y que segun se tiene dicho, eran doscientos cuarenta y siete. En cuanto al número de los que perecieron hubo despues algunas diferencias originadas del

informe relativo á los cadáveres que se encontraron. En la averiguacion ó informacion, que por orden de Calleja mandó hacer el Intendente Marañon, se asienta, «que fueron ciento treinta y ocho, entre los cuales se comprendian los cincuenta y cinco que se hallaban en la lista que acompañó.» Indudablemente habrian perecido todos los presos; pero los que estaban en alguna bodega ó cuarto, en que se encontraba mesa ó banco, se encerraron y atrancaron; de manera que no siendo fácil á la plebe derribar la puerta, inmediatamente aprovechaban los encerrados la primera oportunidad que se les presentaba para salir y ocultarse en algun convento ó casa particular: y no sabiéndose con toda certeza, quiénes y cuántos eran los muertos, se hace mencion de los mas notables y conocidos que se supo que fueron los siguientes.

D. Manuel Perez Valdez, Teniente Letrado y Asesor ordinario de la Intendencia, D. Vicente Barros de Alemarte, Teniente Coronel del Regimiento de la Reyna, el Mayor del mismo cuerpo D. Francisco Camuñez, D. Francisco Rodriguez, anciano y ciego, traído de Pénjamo, D. Pablo y D. Antonio María de la Rosa, del país, D. José Antonio Apesteguía, D. Vicente Aguirre, que cargado en los palos con que se atrancaba la puerta, la agujeró, y por el agujero introdujo una lanza, con la que lo hirió y derribó, D. Ramon Argons, que aunque logró salir del propio cuarto, lo encontró y asesinó la plebe, y quedó tirado en la calle, D. Agustin Cañas, Administrador de alcabalas en Salamanca, al que acompañaban allí, su esposa, su hija y el yerno: y aunque solo la hija quedó con vida, pero desnuda y herida tan gravemente, que duró mucho tiempo su curacion en la casa á la que la llevaron. A todos los cadáveres dejaron enteramente desnudos, y tirados en el suelo, saqueados los tercios, que con efectos estaban depositados en aquel edificio, del que se veian salir á los pelotones de plebe con las lanzas y puñales es-

curriendo la sangre, y con los colchones y toda la ropa, que sacaban muy ensangrentada.

Los que se salvaron y quedaron sanos, por haberse encerrado y atrancado del modo referido, son los que en seguida se nombran, D. Domingo del Berrio, D. José Laudeta, D. Manuel Isarí, D. Marcos y D. Domingo Conde, capitanes del Regimiento de la Reyna, aunque D. Marcos fué herido de gravedad, advirtiéndose, que en la relacion del citado folio 51 del tomo 2º faltan D. Tomas Ignacio Apesteguía, D. Vicente Gelati, y D. Juan Lecan-da, de Dolores, los que de público y notorio se vieron despues de algunos años, lo que no se notó respecto de otros por lo que se ignora cual sería su suerte, faltando tambien en el repetido folio tres vecinos de la capital, que tambien estaban en la Alhóndiga, y sin embargo se salvaron, y fueron el capitan D. Manuel de la Escalera, D. Pedro Fernandez, y D. José Vega. Igualmente se libertaron otros presos á causa de no haber estado en ese edificio, por el motivo que se va á insinuar. Al siguiente dia de haber entrado Hidalgo á Guanajuato, se enviaron á Irapuato á D. Joaquin Pelaez capitan del Regimiento del Príncipe; D. Juan José García Castrillo, D. N. Flores, y D. Mariano Tercero; y cuando Calleja se acercaba á ese pueblo, se dispuso que se trajeran de allí, á excepcion del último, que nunca volvió; mas luego que llegaron los tres mencionados, se pusieron en el Oratorio de San Felipe Neri, cuyo templo ha sido siempre conocido por la Compañía, y en la bóveda de sepulcros estuvieron ocultos en la noche de que se habla.

Habiéndose acercado las tropas realistas á las alturas de Jalapita, que dominan la entrada de la Cañada de Marfil, comenzaron los insurgentes á batirlas con la artillería que tenian colocada en dos lomas á la izquierda del camino en el paraje llamado Ranchoseco; por lo que Calleja se vió precisado á desalojarlos de ellas, disponien-

do, que una seccion de caballería é infantería á las órdenes del Coronel Empáran se dirigiese por la izquierda á cortar la retirada, ocupando el camino de Silao, mientras atacaba de frente el capitán D. Antonio Linares el que con los voluntarios de Celaya, á galope se apoderó en un momento de los cuatro cañones puestos en la batería, y dispersó á los que estaban defendiéndola.

Así principió y continuó el ataque en el sábado 24, como se manifestó al referirse, que como á las ocho de la mañana, se habia recibido el aviso, de que Calleja se acercaba con direccion á la primera batería, dándose igualmente noticia de las providencias, que se tomaban en la capital, ya porque estaba en el orden, el que primero se diese conocimiento de lo que pasaba dentro de ella, y ya porque las principales operaciones que se ejecutaban en el exterior, se originaban del estado y situacion, en que se iba encontrando la misma ciudad; por lo que siguiendo ahora ese método, se asienta: "que tomados los cañones de la batería, se dividió el ejército en dos columnas, formada la una con los granaderos y varios cuerpos de caballería cuyo mando tomó el mismo Calleja; y la otra, que se puso á las órdenes del Conde de la Cadena Flon, la componian el Regimiento de infantería de línea de la corona, los Dragones de San Luis, que mandaba el Conde de San Mateo Valparaiso, y otros cuerpos de caballería, quedando una reserva á las órdenes del Coronel Espinoza. Despues de haber ocupado Calleja el caserío de Marfil, no obstante el fuego de una batería situada en una altura de en frente, tomó el camino del Real de Santa Ana, que conduce á Valenciana por sobre las montañas que forman el costado del Noroeste de la cañada. Flon á la derecha de Calleja siguió el camino llamado de la Yervabuena, dominando á la misma cañada por el Sudeste, y con esta disposicion se evitó el paso por ella, y quedaron sin efecto los mil y quinientos barrenos abiertos en

sus espaldones. Como en la apertura y formacion de ellos se ocuparon dias enteros multitud de operarios en el largo espacio que tiene la entrada de Marfil, la que siempre está llena de innumerables pasajeros, resulta, que tales operaciones venian á ser tan exesivamente públicas, que Calleja las estaria sabiendo de continuo, sin necesidad de que se le dieran los avisos, de que se habla en la nota marginal del folio 46.

En esa concluye la relacion del modo, con que se emprendió el ataque, la que se ha copiado aquí no solo para que se impongan de los mismos pormenores, los que no hayan visto la historia, en que se refieren, sino tambien, para que desde luego se resuelvan algunas dudas, que es natural les ocurran á los que no estén al alcance de la situacion, y circunstancias, en que se hallaba Guanajuato. Si desde temprano se empezó á saber que las tropas iban tomando las principales baterías, y obteniendo sin cesar grandes ventajas; y en suma, que era inevitable la pérdida de la batalla, sin que quedara la mas leve esperanza de defensa; y si en tal concepto se dieron al público los avisos anunciados, y los generales con mucha anticipacion, espacio y comodidad hicieron su pública retirada; ¿en qué consistió que el ejército realista no avanzara inmediatamente para la ciudad, y que esta quedara todavía en toda esa tarde y noche á disposicion de los insurgentes, y del pueblo?

Se ha visto, que para evitar el paso de la cañada, se dirijieron por rumbos opuestos las dos columnas, en que se habia dividido el ejército, haciéndose al efecto un gran rodeo; y como en ese se emplearon algunas horas, era forzoso que en otras tantas se demorara el avance para la capital. En el folio 47 se dice: "que Calleja y Flon simultáneamente iban ocupando casi sin resistencia los diez puntos fortificados que habia á uno y otro lado de la cañada, correspondiéndose entre sí y cuyos fuegos se

cruzaban;" mas si esa ocupacion no les fué difícil verificarla es muy verosímil, que tampoco lo fuera, el haberse hecho del tramo, ó paraje, en que se habian abierto los barrenos, en cuyo caso no habria sido necesario el rodeo, y se podria haber continuado la marcha por la cañada.

La primera operacion, que fué la de ocupar los puntos fortificados, no presentaba mayor dificultad, porque careciendo de disciplina y de los fusiles suficientes los hombres, que defendian los diez puntos, serian desbaratados muy pronto y con una grande pérdida, dejando abandonados los cañones. No sucedia lo mismo con los barrenos, los que estando comunicados por una misma mecha, darian fuego todos á un tiempo, sepultando al ejército á su paso por aquella estrecha garganta. Para prender la mecha bastaba una sola persona, la que pudiendo ejecutarlo cómodamente, sin que la viesen los que avanzaron, serian víctimas de la explosion simultanea, cuando no les era posible percibirla antes, y que por lo mismo tampoco se hallaban en ocasion, de precaberla. En el caso anterior, en que estaban á la vista, los que preparaban el tiro, no solo era fácil librarse de él si no tambien derribarlos; mas en el segundo caso era inevitable un peligro, que no se podia conocer sino hasta despues, de que hubise causado sus estragos.

En los folios 47 y 52 se refiere: "que Calleja tardó seis horas en llegar á la Mina de Valenciana, y Flon á la altura de las Carreras y Cerro de San Miguel, que domina á la ciudad, detenidos mas que por la tenacidad de la resistencia, por las dificultades del terreno, cuyas desigualdades y asperezas obligaban á llevar la artillería estirada por los soldados." Pasó Calleja la noche en Valenciana, ocupando una posicion, que le proporcionaba batir á los insurgentes con ventaja al dia siguiente si encontraba alguna resistencia; é hizo llamar al encargado de justicia y le previno continuase desempeñando aquel cargo,

aunque habia sido nombrado por Hidalgo, dándole el bando del indulto, y el edicto de la Inquisicion contra este, para que lo publicase y fijase en el dia inmediato. Chovell, los padres capellanes de la mina, y otros que se hallaban temerosos y dispuestos á escapar en aquella noche, se tranquilizaron en vista de estos documentos, y se quedaron en sus casas, juzgándose seguros; pero habiendo recibido la noticia de la matanza de los presos en la Alhóndiga, mandó prender á Chovell, y á otras personas de aquel mineral."

He copiado tambien esta relacion, tanto por los motivos que tuve para trascribir la que le precede, como porque ademas hay otro muy conducente para la especie, que voy á esponer. Tal vez se dirá, que si con el rumbo que tomó la columna que mandaba Flon, quedaba evitado el peligro de avanzar por el estrecho en que estaban preparados los barrenos, no habia necesidad de emprender el largo camino que hizo la otra columna por el punto opuesto, pero varias razones persuaden lo contrario. Calleja ocupó una posicion que le proporcionaba batir á los insurgentes con ventaja, si encontraba resistencia, porque domina á la ciudad; y dándole un conocimiento mas amplio del estado y situacion, en que esta se hallaba, obraba con mejores datos, cojía entre dos fuegos á los que todavia procuraran resistirle, impedía los desórdenes, que algunos ó muchos cometieran en su fuga, tomando en el entretanto en el mineral en que se hallaba los informes y medidas que estimaba convenientes; y por último procedía con toda la cordura y prevision que le proporcionasen el éxito favorable y seguro de la campaña.

Aunque desde mucho antes habian perdido los insurgentes como se tiene dicho, las baterías, que estaban en las lomas distantes, y en las mas cercanas, habia quedado en el interior, un cañon de grueso calibre situado en el cerro del Cuarto, y que estaba servido por un norte-ameri-

cano, al que se le habian reunido una porcion de los dispersos, y de la gente del pueblo, y que dió origen á lo que fué aconteciendo en el resto de ese día. A las cinco de la tarde avanzaron las fuerzas de Flon al cerro de San Miguel y las Carreras; y tan luego que las avistaron los que estaban en el del Cuarto, les rompieron el fuego, al que aquellos correspondieron inmediatamente con otro tiro, y continuaron estos por una y otra parte sin interrupcion hasta que oscureció, pasando sin cesar las balas por encima de la ciudad, lo que llenó de susto y de consternacion al vecindario, temiendo que algunas ó muchas callesen sobre los edificios, en cuyo caso las personas que estaban dentro serían sepultadas en sus ruinas, y porque la plebe en pelotones desde el fin de la tarde, en que habia cesado el fuego de la artillería, con el mas terrible furor y desenfreno, recorría las calles, amenazando y gritando mueras, lo que intimidó á las familias, temiendo fundadamente que se arrojaran á derribar las puertas de las casas, y á cometer dentro de estas todas las violencias, desórdenes y tropelías, que eran de esperarse cuando no habia quedado autoridad ni fuerza alguna que lo impidiera; de suerte que esa noche fué la mas funesta y horrorosa, y que la afliccion y angustia de los vecinos llegó á tal grado, que podria reputarse como la mas penosa y lamentable agonía.

Tan triste y desesperada situacion subió de punto á las tres de la mañana, en que se volvió á romper el fuego; y aunque en esas primeras horas no fué muy continuado, pero sí lo estuvo y muy vivo desde á las siete hasta las ocho y media, en que concluyó enteramente por el avance de la columna de Calleja, el que habiéndose quedado en Valenciana la noche anterior, como se dijo, emprendió su marcha para la capital; y tan luego que al bajar la Calzada llegó al punto que le pareció mas apropósito para batar á los que estaban en el cerro del Cuarto, dispuso que

se situaran dos cañones, con los cuales á los primeros tiros desmontó al que tenian aquellos, habiendo muerto en esa operacion dos granaderos de Celaya por un tiro que casualmente se le fué á uno de sus mismos compañeros. Desmontado el cañon lo abandonaron inmediatamente; por manera que la resistencia que con él estuvieron haciendo, fué el último esfuerzo que hubo por parte de los insurgentes, y con el que finalizó en Guanajuato la ocupacion de la capital por ellos, la que tuvieron á su disposicion los cincuenta y ocho dias corridos desde el viérnes 28 de Setiembre, hasta el sábado 24 de Noviembre, con lo que termina este capítulo.